

## LA SOLIDARIDAD EN *LA PESTE* DE ALBERT CAMUS

Giovanna Armellin Secchi

### RESUMEN

Albert Camus nació en Mondovi (ahora Dream), Argelia, el 7 de noviembre de 1913. Es un novelista francés, ensayista y dramaturgo, considerado uno de los mejores escritores filosóficos de la Francia moderna. Su trabajo, caracterizado por un estilo vigoroso y conciso, se basa en las ideas de futilidad y falta de sentido de la vida humana de la filosofía posterior a la II Guerra Mundial, pero al mismo tiempo, revela una perspectiva más esperanzadora. En la novela *La peste* (1947), Camus reconoce el fundamental absurdo de la existencia, pero también el valor humano para hacer frente a las tragedias. Camus ganó el Premio Nobel de Literatura en 1957 y murió en 1960 en un accidente automovilístico.

### ABSTRACT

Camus, Albert was born in Mondovi (now Dream) Argelia, on November 7, 1913. French novelist, essayist and dramatist, regarded as one of the finest philosophical writers of modern France. His work, characterized by a vigorous, concise style, is based on the post-World War II philosophy of the futility and meaninglessness of human life, but at the same time it reveals a more hopeful outlook. In the novel *The Plague* (1947) Camus still was concerned with the fundamental absurdity of existence, he recognized human courage in the face of disasters. Camus, who was awarded the 1957 Nobel Prize in literature, was killed in an automobile accident at Villeblerin, France, on January 4, 1960.

El escritor francés Albert Camus, premio Nobel en 1957, nace en 1913 en Argelia, entonces colonia francesa, y muere en un accidente automovilístico en 1960. Un final trágico, prematuro y desconcertante para un hombre que de la vida, con todas sus experiencias sensibles, con sus instantes llenos de sensaciones, hace su único reino.

Camus publica *La peste* en 1947 apenas después de la Segunda Guerra Mundial, pues esta experiencia lo lastima y lo afecta. De hecho *La peste* es su grito de solidaridad con los que sufren: es el libro más completo y rico de Camus expresado en un lenguaje sencillo como lo requiere el contenido, pero potentemente vivo. Resalta la analogía de la peste con la guerra, las dos llegan sin motivo y así desaparecen pero sin quitar su siniestra pesadilla; son la absurda calamidad que mata a la humanidad.

En Orán, Argelia, mientras la vida de la ciudad transcurre en la quietud y en los placeres fútiles de todos los días, se desata de improviso la peste. La primera reacción de los ciudadanos es la de la incredulidad: el mal es desproporcionado a su fuerza moral. Se sienten fastidiados en sus egoístas y frívolos placeres por la sombra amenazadora y absurda de la muerte. Luego la certeza, el asombro, el pánico.

Pero apenas la realidad de la epidemia es reconocida oficialmente y la ciudad es cerrada para evitar el contagio, el dolor despierta en algunos habitantes un sentimiento de solidaridad nuevo en los personajes de Camus.

En esta atmósfera de tragedia el escritor le da vida a criaturas del todo opuestas a la del protagonista de *El extranjero*, el egoísta Meursault, aunque se encuentran puestas en un mundo absurdo. Están bien definidas: de un lado Rieux, Rambert, Tarrou y Grand, todos más o menos conscientemente ateos, del otro el Padre Paneloux, un sacerdote católico. Cada uno tiene su propia manera de reaccionar ante el flagelo.

El doctor Rieux, protagonista y narrador de la crónica, lucha con tenacidad pero sin ilusiones contra la epidemia y renuncia a reunirse con la esposa que se encuentra en delicadas condiciones de salud fuera de la ciudad, para estar al servicio de sus conciudadanos. El hombre rebelde encuentra en él su realización: no acepta el mal, mira de frente a la muerte y la combate fríamente sin cesar. Rieux es sensible a los afectos familiares de su madre que viene hacia él para ayudarlo. Se siente apoyado y dice: "Verdad es que con ella todo parecía siempre fácil" (Camus 1976: 17). Es el hombre recto, de una honestidad puramente natural, pero profunda. Médico de los cuerpos, se preocupa del inmediato presente: para él amar al hombre significa curarlo, no salvarlo para la vida futura, como resalta de lo que le dice a Padre Paneloux:

La salvación del hombre es una frase demasiado grande para mí. Yo no voy tan lejos. Es su salud lo que me interesa, su salud, ante todo (Camus 1976: 171).

Precisamente por esta dimensión sólo terrena no sabe darse soluciones, porque debería entrar en un plano que Camus rehúsa a priori. Ya no tiene los gestos heroicos del protagonista de *El mito de Sísifo*, afirma las verdades más nobles en un tono tranquilo, humilde, sencillo. Cuando habla con Rambert, el periodista al que la peste bloquea en la ciudad y a quien quiere animar para que pueda reunirse con la esposa, expone también las razones de su abnegación con una humildad conmovedora:

Tiene usted razón, Rambert, tiene usted enteramente razón, yo no quería por nada del mundo desviarlo de lo que piensa hacer, que me parece justo y bueno. Sin embargo, es preciso que le haga comprender que aquí no se trata de heroísmo. Se trata solamente de honestidad. Es una idea que puede que le haga reír, pero el único medio de luchar contra la peste es la honestidad.

- ¿Qué es la honestidad?- dijo Rambert. poniéndose serio de pronto.

- No sé qué es en general. Pero, en mi caso, sé que no es más que hacer mi oficio (Camus 1976: 131-2).

Le enseña al periodista que la grandeza del alma del hombre está, es cierto, en el amar a una criatura, pero sobre todo en ayudar a todas las criaturas. A través de los personajes de *La Peste*, Camus señala un importante paso en la construcción del hombre. Lo que caracteriza también a Rieux es la capacidad de escucha: comprende a Rambert que está torturado por el deseo de volver a ver a su esposa, conforta a Grand que tiene necesidad de encontrar a alguien que comprenda su tragedia interior, aun antes de la enfermedad, pero no concuerda con

Padre Paneloux que declara, en una visión contrastante con la suya, que acepta la peste como penitencia por las culpas de los hombres, y Rieux revela una profunda, dolorosa incertidumbre.

Rambert, que quisiera motivar la solidaridad del doctor y de su compañero Tarrou y comprometerse con ellos renunciando a su felicidad, pone al desnudo la incertidumbre de los ideales de Rieux:

- ¡Ustedes lo saben mejor que nadie! Si no ¿qué hacen en el hospital? ¿Es que ustedes han escogido y han renunciado a la felicidad?

No responde ninguno de los dos. El silencio duró mucho tiempo hasta que llegaron cerca de la casa del doctor. Rambert repitió su última pregunta, todavía con más fuerza y solamente Rieux se volvió hacia él. Rieux se enderezó con esfuerzo:

- Perdóneme, Rambert -dijo-, pero no lo sé. Quédese con nosotros si así lo desea (...) nada en el mundo merece que se aparte uno de los que ama. Y sin embargo, yo también me aparto sin saber por qué (Camus 1976: 164).

El problema surge aún más explícitamente cuando, vencida la peste, la vida vuelve a la normalidad. Rieux vuelve a pensar en el amigo Tarrou que ha pagado con la vida su abnegación:

- Qué duro debía ser vivir únicamente con lo que se sabe y con lo que se recuerda, privado de lo que se espera. Así era sin duda, como había vivido Tarrou y con la conciencia de lo estéril que es una vida sin ilusiones. No puede haber paz sin esperanza (...) Tarrou había vivido en el desgarramiento y la contradicción y no había conocido la esperanza. ¿Sería por eso por lo que había buscado la santidad y la paz en el servicio de los hombres? En verdad, Rieux no sabía nada (Camus 1976: 227).

Tarrou es el convertido absurdo, el santo laico. Él, de hecho, quiere realizar la santidad en el ateísmo. Diversamente de Rieux y de Rambert que están empujados al don de sí mismos por el solo sentido de solidaridad, él tiene la necesidad de purificarse de una culpa. Hijo de un penalista, escucha a su padre condenar a un hombre a la pena de muerte. Desde entonces ya no tiene paz: dedica su propia vida a la lucha en contra de la condena capital. La combate con la acción política, pero muy pronto se da cuenta de que esta también autoriza el homicidio. Deja todo y sigue adelante solo, luchando contra el mal que se propaga engañosamente entre los hombres.

Tarrou ve en la peste el símbolo de una enfermedad más íntima: cada hombre aún inconscientemente, es "peste" para los otros, o sea, es motivo de sufrimiento:

He llegado al convencimiento de que todos vivimos en la peste, y he perdido la paz. Ahora la busco, intentando comprenderlos a todos y no ser enemigo mortal de nadie. Sé únicamente que hay que hacer todo lo que sea necesario para no ser un apestado y que sólo eso puede hacerlos esperar la paz o una buena muerte a falta de ello (Camus 1976: 197-8).

Tarrou decide ponerse del lado de las víctimas en cada ocasión para limitar el mal:

Por esto decido ponerme del lado de las víctimas para evitar estragos. Entre ellas, por lo menos, puedo ir viendo cómo se llega a la tercera categoría, es decir a la paz (Camus 1976: 199).

Su moral es la de la comprensión y de la simpatía. Consiste principalmente en el rechazo de la violencia, aunque practicada en función altruista, o sea, para prevenir la violencia misma.

Pero el problema de Tarrou es todavía más profundo y personal: "Puede llegarse a ser un santo sin Dios; ése es el único problema concreto que admito hoy día" (Camus 1976: 199). También esa vez Rieux no sabe contestar, minimiza el problema y dice:

- Pero, sabe usted, yo me siento más solidario con los vencidos que con los santos. No tengo afición al heroísmo ni a la santidad. Lo que me interesa es ser hombre.
- Sí, los dos buscámos lo mismo, pero yo soy rnenos ambicioso (Camus 1976: 200).

Tarrou, después de haberse prodigado sin medida, es víctima de la peste y la muerte; brutalmente, trunca su actividad. Tarrou sufre pero, héroe camusiano, no baja los ojos delante de la muerte. En la agonía de Tarrou emerge, de la sombra discreta, la madre del doctor, una criatura que, como todas las madres, le da paz con su presencia. De esa forma Camus encuentra el modo de convertir en menos inhumana la horrible muerte.

Tarrou la contemplaba con tanta intensidad (...) Los rasgos del enfermo emergieron de la oscuridad, la señora Rieux (...) entonces oyó, como viniendo de lejos, una voz sorda que le daba las gracias y le decía que todo estaba muy bien (Camus 1976: 224).

Verdaderamente estas páginas expresan una profundidad de comunicación más fuerte que una normal relación humana. Con Rieux, Rambert y Tarrou que se entregan por completo, por solidaridad o por expiar una culpa, Camus no olvida al hombre absurdo, ligado a la banalidad de lo cotidiano. Por ejemplo, Grand, un modesto empleado, insignificante a primera vista, símbolo, como el extranjero, de la banalidad de la vida, pero de éste profundamente diferente porque acepta al ser humano hasta sentir la necesidad de los otros y a sufrir por los otros. Grand, a propósito del vecino de casa que intenta suicidarse y que él se ofrece a cuidar, afirma:

Era uno de esos hombres, tan escasos en nuestra ciudad como en cualquier otra, a los que no les falta nunca el valor para tener buenos sentimientos (Camus 1976: 42).

Grand se conmueve pensando en la hermana, en los nietos, en la madre: por esta capacidad de sufrimiento su vida, que amenaza ser insignificante igual a la de Mersault, toma el tono de un drama. Grand sufre porque la esposa lo abandona, se lo confiesa a Rieux con el pudor que custodia las penas profundas, y dice que quisiera escribirle:

Pero es difícil -decía-. Hace mucho tiempo que pienso en ello. Cuando nos queríamos nos comprendíamos sin palabras. Pero no siempre se quiere uno. En un momento dado yo hubiera debido encontrar las palabras que la hubieran hecho detenerse, pero no pude (Camus 1976: 68-9).

Su mayor preocupación es la de aprender a expresarse. Este dolor tan contenido y profundo lo acerca a Rieux que de inmediato intuye el drama y sintoniza con él. También Rieux dice a propósito del profundo amor que lo une a su madre:

Sentía que su madre lo quería y pensaba en él en ese momento. Pero sabía también que querer a alguien no es gran cosa o, más bien, que el amor no es nunca lo suficientemente fuerte para encontrar su propia expresión. Así, su madre y él se querían siempre en silencio (Camus 1976: 226).

Es emotiva la página en la cual el médico ve a Grand emocionado delante de una vitrina donde se refleja su cara surcada de lágrimas:

Rieux sabía lo que estaba pensando en aquel momento el pobre viejo que lloraba y también cómo él pensaba que este mundo sin amor es un mundo muerto, y que al fin llega un momento en que se cansa uno de la prisión, del trabajo y del valor, y no exige más que el rostro de un ser y el hechizo de la ternura en el corazón (Camus 1976: 204).

A la par de esta reseña de hombres encerrados en una dimensión, noble, pero terrena, está Padre Paneloux. Camus lo presenta como:

Un jesuita erudito y militante con quien había hablado algunas veces y que era muy estimado en la ciudad, incluso por los indiferentes en materia de religión (Camus 1976: 20).

Padre Paneloux toma dos actitudes sucesivas con respecto a la peste. Sus sermones presentan el pasaje desde una fe triunfante y categórica hasta una fe desesperada y ciega, mejor dicho, un tipo de fatalismo. El Padre Paneloux, que se une a Rieux para ir en ayuda de los apesados, se queda desconcertado al contacto con el dolor, sobre todo con el dolor de los inocentes. Asiste con Rieux, Rambert y Tarrou a la agonía del hijo del juez Othon: un sufrimiento perturbador delante del cual Rieux exclama lleno de amargura: “¡Ah! Éste, por lo menos, era inocente. ¡Bien lo sabe usted! (Camus 1976: 170).

Son duras y desconcertantes las palabras que siguen entre Padre Paneloux y el ateo Rieux:

-Lo comprendo –murmuró Paneloux–, esto subleva porque sobrepasa nuestra medida. Pero es posible que debamos amar lo que no podemos comprender.

Rieux se enderezó de pronto. Miró a Paneloux con toda la fuerza y la pasión de que era capaz y movió la cabeza.

-No, padre –dijo–. Yo tengo otra idea del amor y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados.

Por la cara de Paneloux pasó una sombra de turbación.

-¡Ah!, doctor –dijo con tristeza–, acabo de comprender eso que se llama la gracia (Camus 1976: 171).

Paneloux contrae a su vez la peste y es especialmente en estas páginas que Camus ofrece una visión del todo errónea del cristianismo que no es absolutamente un tipo de fatalismo delante del cual el hombre se dobla sin reaccionar: el carácter redentor del dolor le permite al cristiano luchar contra él con todos los medios humanos de los que dispone. Entonces es equivocada la afirmación de Rieux cuando dice que:

Si él creyese en un Dios todopoderoso no se ocuparía de curar a los hombres y le dejaría a Dios ese cuidado. Pero que nadie en el mundo, ni siquiera Paneloux, que creía y cree, nadie cree en un Dios de este género puesto que nadie se abandona enteramente (Camus 1976: 103).

Es simplista y erróneo entonces reducir el dilema a esta fórmula: o Dios existe y entonces se reza y no se lucha más contra el mal, o Dios no existe y entonces se lucha y no se reza más. De hecho hay que luchar y ponerse de rodillas porque sólo así el cristiano es auténtico. Camus

distorsiona en manera paradójica la confianza cristiana, la actitud de Paneloux que rehúsa todo tipo de curación para poner su confianza ciegamente en Dios, está completamente fuera de la concepción cristiana. Extraña es también la afirmación de Paneloux cuando Rieux se ofrece a acompañarlo durante la agonía: "Gracias. Pero los religiosos no tienen amigos. Lo tienen todo puesto en Dios" (Camus 1976: 183). Paneloux muere en un silencio que cierra siniestramente sus últimas horas de vida. Es el personaje más convencional y forzado.

Camus nos ofrece un cristianismo frío e inhumano que se confunde con el fatalismo, un Dios que refleja claramente el pensamiento de Nietzsche. La muerte del cristiano Paneloux en relación con la de Tarrou, "el santo ateo", demuestra el ateísmo de Camus.

En las obras anteriores a *La peste*, el único valor reconocido como auténtico por Camus es el placer físico, sumergirse en la naturaleza, el gozo sensual del presente, los placeres del egoísta Meursault no rompen su opaca indiferencia con respecto a los otros.

En *La peste*, Camus aún no renegando de su propio credo terreno, se propone hacerlo coexistir con el nuevo valor que ha descubierto, con el altruismo: "Puede uno tener vergüenza de ser el único en ser feliz" (Camus 1976: 164). Pero aquí se pone en evidencia el problema de fondo resaltado sobre todo por Rambert: ¿cuál motivo lo empuja a defraudar voluntariamente su felicidad para hacer felices a los otros? ¿Si hay contradicción, cómo superarla?

Camus no responde, su incertidumbre para resolver la problemática relación entre hedonismo y altruismo, probablemente no es ajena a su incapacidad de darle un contenido al concepto del altruismo mismo, ya que el hombre no logra por sí solo encontrar la constante respuesta a su abnegación. Las respuestas que a propósito dan Rieux ("Hacer mi oficio") y Tarrou ("Ponerme del lado de las víctimas") no son exhaustivas.

Camus presenta de nuevo este problema en la obra *El hombre rebelde*, formulada en términos histórico-filosóficos. En ella el escritor confía la elaboración crítica de su llamado a la solidaridad como una auténtica rebeldía en contra del absurdo.

En *El extranjero*, publicada en 1942 y en el contemporáneo ensayo teórico *El mito de Sísifo*, Camus había expresado su peculiar ideología, la absurdidad de la existencia y del mundo, frente a lo cual las consolaciones filosóficas y religiosas resultan paliativos y mistificaciones.

*La peste* desarrolla el motivo positivamente moral de aquel núcleo ideológico: el mal y el dolor no pueden ser explicados teóricamente, pero pueden y deben ser enfrentados con la ética laica de la honestidad individual y del compromiso colectivo, de la solidaridad. En la absurdidad de la existencia, no hay mayor consuelo que encontrarse unidos frente al mal.

## Bibliografía

Bloch-Michel, Jean. 1967. *La nueva novela*. Madrid: Ediciones Guadarrama.

Camus, Albert. 1958. *Calígula - Le Malentendu*. París: Éditions Gallimard.

1956. *La chute*. París: Éditions Gallimard.

1969. *El extranjero*. Buenos Aires: Emecé Editores.

1976. *La peste*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

1955. *Le Mythe de Sisyphe*. París: Éditions Gallimard.

Cruickshank, John. 1968. *El novelista filósofo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

De Boisdeffre, Pierre. 1969. *Metamorfosis de la literatura*. Madrid: Guadarrama.

1970. *Los escritores franceses de hoy*. Madrid: Editoriales Gredos.

Grenzmann, Wilhelm. 1963. *Problemas y figuras de la literatura contemporánea*. Madrid: Editoriales Gredos.

Pacheco, León. 1968. *Tres ensayos apasionados*. San José: Editorial Costa Rica.

